

ANTILLANÍA Y PREVISIÓN EN EL PROYECTO URBANO CUBANO DE JOSÉ MARTÍ

Luis Toledo Sande

En diciembre de 1882 respondió José Martí la carta en que el director de *La Nación* le informó que la primera de sus crónicas para ese diario bonaerense había sido objeto de censura, de mutilaciones, porque, de publicarse tal como salió de manos del autor, hubiera parecido que en el periódico “se abría una campaña de *denunciation* [sic] contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social”.¹ Entre otras afirmaciones de peculiar valor para conocer cómo él concebía y consumaba la escritura, Martí expresó al dueño de *La Nación*:

Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, *ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí.*²

Las señales, y en particular el segmento que he subrayado —en el cual *insensiblemente* pudiera entenderse como *sin que se note*, no como *con indiferencia*—, vienen al recuerdo con la lectura del texto donde Martí hace la que, por lo que se conoce, ha de tenerse como su primera declaración *explícita* y pública de conciencia antillana. En *El presidio político en Cuba*, publicado en 1871, cuando contaba dieciocho años, y basado en la experiencia que a los dieciséis había vivido como víctima de esa brutal institución represiva, se dirige a la España colonialista y, después de referirse a la independencia de sus colonias en la América continental, afirma desde una ostensible insatisfacción: “Las Antillas, las Antillas solas, Cuba sobre todo, se arrastraron a vuestros pies, y posaron sus labios en vuestras llagas, y lamieron vuestras manos, y cariñosas y solícitas fabricaron una cabeza nueva para vuestros maltratados hombros”.³ Lo único positivo que Martí halla en el sometimiento antillano a la Corona española es que le da pie para reforzar su condena de la tozudez opresora de esta última.

Dos años más tarde se proclama la primera República española, y Martí, que tiene razones para no esperar que ella reconozca y acepte el plebiscito decisivo —el martirologio— con que el pueblo cubano ha expresado su voluntad republicana e independentista, la conjura “a que no infame nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra patria, pero que exige que la honra patria viva dentro de la honra universal”. El deportado cubano, que desde la perspectiva de un hijo de colonia puede sostener revolucionariamente que “el ideal republicano es el universo”, sabe que en Cuba “la insurrección era consecuencia de una revolución”, cuenta con la posibilidad (o más) de que “el amor de la mercancía turbe el espíritu”, y lanza retos a la naciente República:

“Hable en buen hora el soberbio de la honra mancillada,—tristes que no entienden que sólo hay honra en la satisfacción de la justicia:—defienda en buen hora el comerciante el venero de riquezas que no escapa a su deseo,—pretenda alguno en buena hora que no conviene a España la separación de las Antillas”.⁴

En ambos textos la antillanía del autor, quien no ha rebasado los veinte años cuando escribe el segundo de ellos, está alimentada de pasado, reciente, pero pasado, y de contemporaneidad, si bien se le siente con preparación y en camino para emprender, como todo en él, la marcha hacia el futuro. Salvo algunas salidas dentro y fuera de Cuba, antes de ser deportado a España el precoz revolucionario había vivido en una ciudad no primada, pero sí ya entonces, y cada vez más, relevante e incluso primordial en las Antillas. En ella, para los independentistas, entre quienes desde su infancia halló ambiente, afinidad decisiva, amigos y preceptor, la herencia bolivariana —arraigada en hechos como la célebre conspiración que llevó con el nombre la luz y el fuego del Libertador: Soles y Rayos de Bolívar— se trenzaba con la insatisfacción por el sometimiento a la Metrópoli soportado por las tres Antillas de habla española, las mayores del conjunto de islas de la región, y en particular por Cuba. Tales circunstancias fueron propicias para lo que hacia el final de su vida Martí llamó la “preparación gloriosa y cruenta” del estallido de la primera guerra independentista en Cuba: hecho que él asumió como el capítulo insurreccional de inicio de una revolución.⁵

De esa realidad le vino a Martí una antillanía objetiva que, desde su temprana pupila independentista, se asociaba al disgusto y a la desaprobación, pero también a la esperanza de alcanzar lo que a principios de siglo habían conseguido las colonias españolas en la América continental. Esa esperanza, sostenida en la segunda mitad de aquel siglo, exigiría, y Martí las asimiló, alimentó y condujo ejemplarmente, dos ganancias básicas: superación y, en consecuencia, previsión. En él fueron inseparables, y debían serlo para que ambas hallaran vía de fertilidad práctica. Así, la superación tendría la base de la experiencia y la sabiduría acumuladas, y estas últimas se dinamizarían en una actitud y en un pensamiento que iluminaban y daban consistencia a la previsión.⁶

En esa productiva intervencionalidad de aprendizajes y búsquedas le correspondió en Martí un lugar prominente al conocimiento directo de los Estados Unidos, de sus tendencias políticas predominantes, incluida su actitud con respecto a los otros países de América y del mundo todo. En 1871, en los inicios de su primera deportación española, y en el mismo año en que publicó *El presidio político en Cuba*, esbozó en un cuaderno de apuntes una temprana comprensión de las diferencias de espíritu e idiosincrasia entre los Estados Unidos y Cuba, pero en términos y en tono que hacen pensar más bien en la que pocos años después él llamará nuestra América, y, de algún modo, hasta en la hispanidad y la latinidad bien entendidas: “Los norteamericanos posponen la utilidad al sentimiento.—Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad”. Y no se limitó a describir o a caracterizar, sino que sostuvo la necesidad de crear y de no consumirse en la imitación: “Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse”.

Era natural que la raíz y la intención consciente del apunte la ofreciera su experiencia de revolucionario cubano, en fase formativa, pero ya en camino irreversible. El señalamiento de que los Estados Unidos “vendían mientras nosotros llorábamos”, remite

al crecimiento económico de una nación que, además de negar sistemáticamente su reconocimiento a la lucha independentista de Cuba, medraba a base de un comercio que incluía seguir vendiendo pertrechos a la Metrópoli que oprimía a la Isla. No es la casualidad, ni mero antimerchantilismo abstracto —ni sólo un refinamiento espiritual que en fin de cuentas continúa siendo aleccionador—, lo que anima a Martí a desaprobar la metalificación de los Estados Unidos, y, en general, a maldecir su “prosperidad a tanta costa”. Quien así habla no es un aldeano vanidoso, sino alguien con la pupila abierta al mundo. En el mismo apunte atisba: “La Tierra no es todo el Universo. // Hay otros planetas que no conocemos”.⁷

En el camino seguido por Martí fue también relevante el hecho de que el primer país latinoamericano donde se estableció después de escapar de la deportación en España, fuera México. Al calor del saqueo de su territorio por parte de los Estados Unidos, se había acuñado —aproximadamente cuando Martí nacía— la expresión *destino manifiesto*, que proyectaba, a escala continental, y aun con voracidad mundófaga, la denominada teoría de la “fruta madura”, que se había formulado en particular para Cuba en 1823. Y allí conoció el cubano trashumante nuevas amenazas del Norte contra la patria de Juárez. Llegó a México a inicios de 1875, y no había avanzado mucho el año 1876 cuando escribió: “La cuestión de México como la cuestión de Cuba, dependen en gran parte en los Estados Unidos de la imponente y tenaz voluntad de un número no pequeño ni despreciable de afortunados agiotistas, que son los dueños naturales de un país en que todo se sacrifica al logro de una riqueza material”.⁸

Esa orientación política de los Estados Unidos incluía pretensiones (y prácticas) expansionistas que no se limitarían (no se limitaban) al ámbito de las Américas, y maniobras económicas encarnadas en la táctica de una falaz reciprocidad, que en el caso mexicano Martí denunció explícitamente desde Nueva York en 1883 y fue otro rostro del diabólico “mesianismo” del *destino manifiesto*. Los indicios pudo apreciarlos en los propios Estados Unidos, y en especial tras radicarse allí en agosto de 1881. Una revelación concentrada se la propició el Congreso Internacional de Washington, que sesionó en el invierno de 1889-1890 y tuvo una derivación también harto significativa en la Comisión Monetaria Internacional, celebrada en 1891 y asimismo en la capital del país sede.⁹

Del Congreso escribió: “Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso” que aquel convite hecho por “los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América”. Con ese fin llamaban “a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo”. Frente al interesado arbitraje comercial propuesto por los Estados Unidos, Martí convoca: “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.

Convencido de que, “en cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo”, llama claramente a impedir la consumación del plan fraguado por los

Estados Unidos para “pelear sobre las repúblicas de América sus batallas contra Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización”. Es a lo que se refiere cuando en esa misma crónica —central entre las que dedicó al foro— sostiene que era necesario hacer que los Estados Unidos fracasaran en “la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz”.

A los pueblos “de menos poder” en América hizo Martí advertencias —que también ofrecen contenidos de gran valor a otros pueblos similares en todo el mundo— para que buscaran caminos por donde librarse de los designios de las fuerzas hegemónicas que ya entonces se beneficiaban con el estadio, en ascenso, que hoy suele designarse con los rótulos de *modernidad* —e incluso *posmodernidad*— y *globalización*. Pero estos comentarios deben ceñirse al sentido de la antillanía en Martí, de la cual habla, entre los sostenidos y fundamentales requerimientos que le expuso a nuestra América en la crónica citada, una pregunta de especial significado para él: “¿Se entrarán de rodillas, ante el amo nuevo, las islas del golfo?”¹⁰

Para las Antillas, y en especial para las tres mayores, que coincidían con ser de habla española, se reservaba un peligro aún más grave en los planes estadounidenses. Aunque por su tarea inmediata como revolucionario cubano, como preparador de la *guerra necesaria* para independizar a Cuba, Martí se refirió a menudo a su Isla natal, sus advertencias con respecto al peligro aludido conciernen esencialmente al conjunto antillano. No es fortuito que en texto de 1892 escribiera:

No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión como de la unión sutil, y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres.

Las implicaciones de la situación geográfica y del estado político de esas islas hacen que Martí las defina como “las tres vigías de la América hospitalaria y durable”. Esa condición de vigías reclamaba cultivar los vínculos históricos, de tradiciones combativas incluidas, entre “las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo”.¹¹

El núcleo de sus preocupaciones lo anima el conocimiento de los peligros que corren Puerto Rico y Cuba por ser todavía colonias de España, y de los cuales no está libre la República Dominicana, dada la fragilidad de su independencia. Sobresalía la posibilidad de que terminaran sometidas a los designios yanquis: ya fuera porque los Estados Unidos compraran Cuba y Puerto Rico a la Corona española, porque la inercia colonial siguiera propiciando el desplazamiento de esas islas (desplazamiento que el autonomismo y el anexionismo facilitaban y era apreciable en el plano económico) del dominio español al estadounidense, o porque una guerra independentista mal preparada le facilitara al Norte el pretexto para intervenir oportunistamente y apoderarse de ellas. Y, si ese sometimiento se consumaba, las Antillas constituirían un trampolín desde el cual los Estados Unidos podrían lanzarse sobre toda nuestra América y viabilizar las pretensiones de hegemonía mundial que desde sus orígenes ellos cultivaban.

Esa clarividencia de Martí ocupaba un lugar central en las perspectivas con que él orientaba el movimiento emancipador de su país. De ahí que, en un artículo de 1894, al saludar la entrada del Partido Revolucionario Cubano en su tercer año de vida, lo identificara con “el alma de la Revolución” y se refiriera al “deber de Cuba en América”.¹² Pensando en la trama geopolítica que urdían los Estados Unidos, sostuvo:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el Continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—

Desde esa convicción declaraba:

No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar.

Vivimos tiempos en que hacen fortuna algunos que intentan desacreditar todo ideal valioso aplicándole, como un estigma, el rótulo de *utópico*, y no faltan quienes —a menudo son los mismos—, además, intenten invalidar las utopías, lo que sería paralizante y hasta suicida, pues únicamente en las grandes utopías parecen las circunstancias imperantes dejar asidero para el afán de dignificación humana. En tal contexto viene bien recordar que Martí no era un iluso desentendido de la realidad y de los obstáculos que ella determinaba. Hacia finales de 1889, al expresar profundas angustias relacionadas con el Congreso Internacional de Washington —porque “una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella?”, escribió en carta de entonces—, extraña de aquel foro una conclusión inapelable, basada no sólo en su capacidad de intuición, sino también en quién sabe cuántas señales conseguidas con una vigilia informativa que todavía puede reservar sorpresas a los investigadores. Al mismo destinatario de aquella carta escribió poco después:

Sobre nuestra tierra [...] hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres:—ni maldad más fría.

Aparte de ofrecer esa previsoramente denuncia de lo que en la poderosa nación del Norte se fraguaba con respecto a Cuba, expresa otra justificada preocupación: “¿Morir, para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su benefi-

cio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!”¹³

No es necesario esforzarse para hallar en la cita la comprensión de que se estaba ante escollos que podían ser insalvables. Tratándose de una carta privada, el autor se permite reconocer hasta la posibilidad de que, *en lo inmediato*, el sacrificio fuera inútil. Pero no se guiarían por tal reconocimiento el pulso y la visión del revolucionario. Tenía en cuenta un objetivo aún más elevado y trascendental que la propia victoria en la contienda. Si la guerra se daba, podía perderse; pero, si no se daba, se perdía, y quién estaría en condiciones de calcular por cuánto tiempo, la probabilidad de mantener abierto hacia el futuro el camino para defender la soberanía nacional. Era inescusable, pues, desatar la guerra, pero organizada del mejor modo posible.

Esa valoración reforzó en Martí el criterio de que la gesta debía “ser breve y directa como el rayo”,¹⁴ para no dar tiempo a la organización eficaz del Ejército español, ni pretexto a las maquinaciones intervencionistas de los Estados Unidos. Propósito de semejante envergadura exigía una adecuada táctica militar, que se manifestó desde el plan del alzamiento, previsto para que fuera simultáneo en la totalidad o en la mayor cantidad posible de localidades comprometidas con la insurrección.

El factor sorpresa que debía distinguir el inicio de la confrontación armada fue hecho fracasar en enero de 1895 por las autoridades estadounidenses en el puerto floridano de Fernandina. Añádase que las vicisitudes de diversa índole que las fuerzas independentistas se vieron obligadas a enfrentar desde el inicio de la campaña —contada señaladamente la prematura e irreparable muerte de Martí— demoraron el desarrollo de la guerra y exigieron páginas tan heroicas y a la vez tan costosas como la Invasión, en la que perdió la vida Antonio Maceo.

El que desde su arrancada la guerra no lograra la eficacia con que Martí la había concebido, explica hechos como la misma necesidad, pero también posibilidad, que el Gobierno español tuvo de imponer la Reconcentración. Las brutales prácticas represivas, sin embargo, no dieron el triunfo a la Corona, sino que propiciaron el alargamiento de las hostilidades y, con ello, abrieron las puertas al peligro mayor que Martí había previsto y procurado evitar: la intervención de los Estados Unidos.

Ya hemos visto, y seguiremos viendo, que Martí no ignoraba los obstáculos con que debía contar el movimiento independentista. Y, si bien no podía alimentar en modo alguno el espíritu derrotista entre las fuerzas que protagonizarían la insurrección patriótica, ni siquiera se limitó a referirse a dichos obstáculos en su correspondencia privada. Días antes de saludar en *Patria* la entrada del Partido Revolucionario Cubano en su tercer año de vida, lo que aprovechó para insistir en el papel que a las Antillas les venía de hallarse en el fiel de América, publicó en el mismo periódico otro artículo extraordinario pero que ha recibido mucha menos atención.¹⁵ Ese texto refleja, con particular claridad, que Martí estaba convencido de que la mayor pérdida que podía cosechar Cuba —y, por consiguiente, sus hermanas Antillas— no sería la derrota en la lucha, sino el no alzarse en armas por su independencia, o el no preparar y encaminar bien la *guerra necesaria*.

Por ello reprobó la “yerba seca y pedantería” de quienes, “en las cosas de los pueblos”, confundían la ciencia con “el ahitar el cañón de la pluma de digestos extraños, y remedios de otras sociedades y países”, en vez de “estudiar, a pecho de hombre, los elementos, ásperos o lisos, del país, y acomodar al fin humano del bienestar en el decoro los elementos peculiares de la patria, por métodos que convengan a su estado, y puedan fungir sin choque dentro de él”. Afincado en la perspectiva en que basaba la enérgica reprobación, y que lo oponía sustancialmente a los resignados y pragmáticos de entonces —como lo opone a los de hoy—, sostuvo:

De esta ciencia, estricta e implacable—y menos socorrida por más difícil—de esta ciencia pobre y dolorosa, menos brillante y asequible que la copiadiza e imitada, surge en Cuba, por la hostilidad incurable y creciente de sus elementos, y la opresión del elemento propio y apto por el elemento extraño e inepto, la revolución.

Y remata esa idea con un aserto que recuerda su frecuente inclinación a defender el deber ser presentándolo como realidad consumada: “Así lo saben todos, y lo confiesan”. El artículo muestra un constante braceo en la historia mundial, braceo que, entre otras ganancias, le propicia al autor un esclarecido conocimiento de la propia Metròpoli: “España misma, si tiene ahora esperanza vaga de renacer, tiénela por sus nacionalidades, estancadas durante tres siglos”. Como no actuaba guiado por ilusiones, sino por un profundo estudio de la realidad —de la pasada y de la contemporánea—, y movido por una resuelta voluntad emancipadora, también afirmó: “En lo que cabe duda es en la posibilidad de la revolución.” Y añadió: “Eso es lo de hombres: hacerla posible. Eso es el deber patrio de hoy, y el verdadero y único deber científico en la sociedad cubana.”

Dado como era a valorar la importancia de la voluntad, y a cultivarla como norma de vida, no se desorientaba abrazando un voluntarismo irracional y triunfalista. En todo caso, había que preparar y encauzar bien la revolución, para que hasta de su probable revés se extrajeran lecciones ineludibles: “Si se intenta honradamente, y no se puede, bien está, aunque ruede por tierra el corazón desengañado: pero rodará contento, porque así tendría esa raíz más la revolución inevitable de mañana”. Esa seguridad de un sentido particularmente profundo a la declaración que el día antes de morir en combate dejó plasmada en su célebre carta póstuma a Manuel Mercado¹⁶ con respecto a la posibilidad, remota pero no descartable, de que la Asamblea de representantes del pueblo en armas, hacia la cual se encaminaba, decidiera para él un destino contrario a su deseo de permanecer en la guerra: “En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento ni me agriaría mi oscuridad.—Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros”.

Cada cual con sus ángulos y matices individuales, una resolución combativa como la procurada e impulsada por Martí en Cuba era la que hubieran querido para Puerto Rico fundadores como Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, que no por azar colaboraron en los preparativos de la lucha cubana, en la que participarían, como combatientes, hijos de aquella otra Isla. Ni fue por azar que Betances ampliara el nombre del Partido Revolucionario Cubano —que él representaba en París— añadiéndole y *Puerto-riqueño*; ni que, al ver que en Cuba ardía la insurrección, se preguntara, en acto desgarrado

do, por qué sus compatriotas no se alzaban. También él preveía, y la historia le dio igualmente la razón, que la peor y más costosa derrota para Puerto Rico sería la de no levantarse en armas por su independencia.

Fundaba su razonamiento en una sabiduría similar a la que pertrechaba a Martí, quien, tras valorar en el artículo citado la posibilidad de la derrota de la gesta que él entonces preparaba, concluyó invocando el sacrificio y la búsqueda de la victoria, una victoria que en lo más cercano abarcaba a las dos islas antillanas. El primer artículo de las *Bases* del Partido Revolucionario Cubano, en el que desde los pasos fundadores fue tan importante la participación de patriotas puertorriqueños, dejaba claramente expresado que esa organización política había nacido “para lograr [...] la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”.¹⁷

En el acierto del análisis hecho por Martí, y de sus previsiones, contó el saber apreciar cuál era la base social del proyecto revolucionario cubano, lo que expresó en términos que esencialmente pueden aplicarse al ámbito antillano en su conjunto. Estaba por cumplir dieciséis años cuando se refirió, en enero de 1869, a “esos que llaman sensatos patricios, [...] que sólo tienen de sensato lo que tienen de fría el alma” y “reúnen en sus casas a ciertos personajes de aquellos que han fijado un ojo en Yara y otro en Madrid”.¹⁸ La marcha de la Revolución del 68 en Cuba lo ratificó en una convicción que redondeó públicamente en enero de 1880: los “verdaderos mantenedores” de esa Revolución habían sido los humildes, tanto como, en general, “ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones”.¹⁹

Cada paso, cada experiencia histórica le alimentaba su orientación democrática: profunda y sinceramente popular. En un apunte de 1881, en su estancia caraqueña, durante la cual hizo un balance integrador de su latinoamericanismo, escribió con palabras aplicables a la totalidad de América donde se habían dado revoluciones independentistas: “En América, la revolución está en su período de iniciación.—Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes”.²⁰

El que todavía Cuba y Puerto Rico no hubieran alcanzado la independencia, provocaba que a finales de siglo en ninguna de las dos islas pudiera esperarse, ni fuera recomendable, que se repitiera lo que en la América continental se dio en los inicios de la centuria: que los sectores nativos más enriquecidos aportaran la vanguardia del movimiento revolucionario. El temor a la insurgencia popular, a menudo representada en el astutamente esgrimido fantasma haitiano, llevaba a esos sectores a la resignación autonomista o, en último caso —para algunos el primero—, a la aceptación de un cambio de amo extranjero por otro: lo que tenía un significado bien preciso ante el expansionismo imperialista de los Estados Unidos.

El día antes de caer en combate, cuando aún la guerra apenas había comenzado, en la misma carta a Manuel Mercado —ya citada—²¹ en la cual ratificó su preocupación por una posible componenda entre los gobiernos de España y de los Estados Unidos, Martí definió su deber principal: “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.”

Aludiendo a los peligros que acosaban a la causa independentista, peligros objetivos y también subjetivos —como el desconocimiento por parte de no escasos compatriotas, y otros latinoamericanos, de las verdaderas pretensiones yanquis, que tenían cómplices conscientes—, afirmó que al cumplimiento de aquel deber se orientaba cuanto había hecho y haría, y que había tenido que actuar “en silencio [...], y como indirectamente”. No se estaría refiriendo con ello a su ideario antimperialista, que era público y notorio, sino al hecho de que la guerra que él había preparado y ya estaba en pie se enfilaba, más que a derrotar el colonialismo español en Cuba, objetivo que él sabía menos complejo, a frenar la expansión de los Estados Unidos.

Esa expansión tenía en las propias Antillas, y en otros países de nuestra América, aliados y servidores entre anexionistas y autonomistas. A los primeros concede él poca o ninguna importancia efectiva, no porque el pensamiento que sustentaban no fuera peligrosamente antipatriótico, sino porque los gobernantes del Norte no estaban interesados en anexarse a Cuba como un Estado en plenitud de “derechos”: aspiraban a sumirla en su sistema de colonización. Sin embargo, a los segundos, que en apariencia podían ser menos dañinos para la patria, les atribuye mayor peligrosidad, tanto como los considera —expresa en esa carta— integrantes de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros.

En esa posición o ambición clasista se igualaban los cabecillas del autonomismo y los del anexionismo, y Martí no los impugnaba por un arranque ocasional al calor de la campaña armada, ni por súbitas preocupaciones que hubiera abrazado ante señales recibidas desde el exterior, como las confirmadas en la entrevista que sostuvo con el corresponsal de *The New York Herald* y que tiene en mente al escribirle a Mercado.²² Daba camino a conceptos, valoraciones y perspectivas que de alguna manera se han esbozado o se esbozarán en estos comentarios, forzados a concisión y agilidad.

No obstante la misión unitaria que conscientemente cumplía, los puntos de vista sustentados por Martí hallaron espacio, lucidez y justa pasión en fundacionales textos públicos: entre ellos el discurso conocido como “Con todos, y para el bien de todos”.²³ Ahí la aspiración de fundar para Cuba una República definible con esa máxima titular se asentó en el señalamiento, en la impugnación, de aquéllos que por intereses, prejuicios y vacilaciones se autoexcluían del sacrificio necesario para alcanzarla: tal era el caso de los que metafóricamente en esas páginas llama lindoros, olimpos de pisapapel y alzacolas, inseparables, o integrantes, de las filas de aquéllos que propalaban el miedo a la *guerra necesaria* y al negro y al español honrados.

Más directo aún fue en el artículo que el 24 de octubre de 1894 dedicó en *Patria* a “Los pobres de la tierra”,²⁴ —con quienes ya en *Versos sencillos* había declarado la decisión, que cumplía, de echar su suerte; y a quienes en el artículo recuerda que “el elegante Ruskin llamaba `los más sagrados de entre nosotros’”. No negó el elogio a ninguna contribución dada a los preparativos de la gesta emancipadora, pero enalteció especial-

mente el aporte de los obreros, de “los héroes de la miseria”, y reconoció que se estaban esforzando por “una república invisible y tal vez ingrata”, “por la patria ingrata acaso, que abandonan al sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos”. No es oportunismo lo que en ese texto, que repudia la sombra de “la demagogia y la venganza”, lo mueve a decirles a sus compatriotas humildes que no trabajan para traidores”. Tenía trazada una decisión que se confirma claramente en otro texto de *Patria*, donde apareció el 14 de marzo de 1893, dedicado, desde el subtítulo, a Puerto Rico, y alumbrado por “la fe común” y el “cariño cada día más apretado entre las dos Antillas”. En un pasaje ya citado parcialmente,²⁵ expresa con absoluta claridad la decisión aludida:

Desde los mismos umbrales de la guerra de independencia, que ha de ser breve y directa como el rayo, habrá quien muera—¡dígase desde hoy!—por conciliar la energía de la acción con la pureza de la república. Volverá a haber, en Cuba y en Puerto Rico, hombres que mueran puramente, sin mancha de interés, en la defensa del derecho de los demás hombres.

El fundamento estructural de tal resolución/previsión está consignado en “Los pobres de la tierra”: “En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano”. Grandes serían, en consecuencia, los esfuerzos por acometer y los obstáculos que enfrentar. Y grande se necesitaba que fuera el optimismo con que se asumiese, sin actitudes de iluso trasnochado, la empresa liberadora antillana, parte de una lucha que concernía a toda nuestra América y tenía alcance mundial, aunque empezara por una Isla relativamente pequeña.

El 25 de marzo de 1895, rumbo a la guerra y en el mismo día en que fechó la declaración programática bautizada posteriormente, por referencia a su lugar de origen, con el título de *Manifiesto de Montecristi*²⁶ —documento cuya mayor raíz de claridad pudiera localizarse en la precisión con que el autor valoraba el papel de las Antillas en el afán de salvar el equilibrio del mundo—, escribió varias cartas de despedida. Una de ellas dedicada a su amigo dominicano Federico Henríquez y Carvajal,²⁷ a quien le insiste en una idea que concentraba su atención, y que ahora expresa en términos aún más rotundos que en su artículo sobre “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa”. Era plenamente consciente de la magnitud de la misión que asumía, la cual abarcaba también salvar a los Estados Unidos, y a su pueblo, de las derivaciones que hacia el interior del país y hacia el resto del mundo tendría el hecho de que esa nación consiguiera el crecimiento expansionista al cual se encaminaba.

La voluntad y la orientación ética estaban llamadas a cumplir un papel decisivo en los revolucionarios antillanos: “Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto”, le dice al amigo, a quien no cree necesario hablarle de Santo Domingo: “De Santo Domingo ¿por qué le he hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.?” A Máximo Gómez, su gran compañero de aquellos días y de la guerra, a la que ambos llegarán juntos, le dedica esta frase en la carta citada: “¿Y Gómez, no es cubano?” De sí mismo, que líneas antes dice

con naturalidad y sin asomo de soberbia: “Yo alzaré el mundo”, escribe: “¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo?”

Daba riendas sueltas al optimismo reclamado por tareas tan complejas como las que se echaba a cuestras. Ciñéndonos al ámbito antillano, recordemos el servicio prestado al imperialismo yanqui, en Cuba y en Puerto Rico, por autonomistas y anexionistas, y, en general, por otros afortunados portadores de tendencias reformistas opuestas al independentismo radical. Todo ello se puso de relieve a partir del intervencionismo de los Estados Unidos en 1898, cuando, a pesar de los gigantescos obstáculos internos y externos, y de lo que había costado al movimiento independentista cubano el no haber conseguido dotar a la guerra, desde los inicios, de la organización y la fortaleza previstos y procurados por Martí, la contienda llegó a un punto crucial: el punto en que a los Estados Unidos les resultó ostensible la posibilidad de que, si ellos no intervenían militarmente, el pueblo cubano alcanzara la emancipación que se constituiría en valladar contra los planes imperialistas.

Frente a un ordenador, cualquier alumno aventajado en computación y pragmatismo podría, incluso sin malas intenciones, dictaminar: *Eran invencibles los escollos que se oponían al proyecto antillano de Martí, e inútil desafiarlos*. Sin necesidad de muchos recursos tecnológicos ni de una particular erudición histórica, habría que responderle que es incontrastable la lección emanada de las ideas y de los actos de Martí; y que si hoy la nación cubana existe y continúa defendiendo su soberanía, es porque en 1895 se puso en marcha el plan insurreccional que él concibió para alcanzar la victoria contra el colonialismo español y contra la misma potencia imperialista que hoy mantiene a Puerto Rico en estado colonial, y sigue maniobrando para capitalizar el desequilibrio planetario que ella comenzó a inclinar en su favor hace cien años.

Queda también en pie la lección dada por Martí con su confianza en los valores morales, en una eticidad que es necesario entender y abrazar —para serle verdaderamente fiel— como decisión personal y gustosa, no como condena. En la citada carta a Henríquez y Carvajal afirmó: “hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio”. Y en el artículo en que señaló que las Antillas estaban —¿no están ya?— en el fiel de América, el plan emancipador que él defiende y encarna está expresado con palabras que no pueden recibirse rectamente desde la superficialidad irresponsable del bocón de barrio, sino desde la más resuelta y profunda convicción moral y el conocimiento de las fuerzas que rigen el mundo:

Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar *decoroso* [subráyese el adjetivo] del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

NOTAS

- ¹ Bartolomé Mitre y Vedia: Carta a José Martí del 26 de septiembre de 1882, *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*, La Habana, Academia de la Historia, 1933-1935, t. 3, pp. 83-85.
- ² José Martí: Carta a Bartolomé Mitre y Vedia del 19 de diciembre de 1882, *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975 (en lo sucesivo, *O.C.*), t. 9, pp. 15-18.
- ³ J.M.: *El presidio político en Cuba*, *O.C.*, t. 1, p. 51.
- ⁴ J.M.: *La República española ante la Revolución cubana*, *O.C.*, t. 1, pp. 92, 90, 97, 91 y 90, respectivamente.
- ⁵ J.M.: *Manifiesto de Montecristi*, *O.C.*, t. 4, p. 93.
- ⁶ Sobre el condicionamiento que a Martí le significaban las Antillas, y los nexos de dicho condicionamiento con el retraso del proyecto independentista de esta parte de América, ver, entre otros, Ricaurte Soler: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI Editores, S.A., 1980; Paul Estrade: “Remarques sur le caractere tardif, et avancé, de la prise de conscience dans les Antilles espagnoles”, *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien. Caravelle*, Toulouse, Le Mirail, No. 35, 1980; y Roberto Fernández Retamar: “José Martí, antillano”, *Del Caribe*, Santiago de Cuba, a. 1, No. 2, octubre-diciembre de 1983.
- ⁷ J.M.: *Cuadernos de apuntes*, *O.C.*, t. 21, pp. 15-16.
- ⁸ J.M.: “México y los Estados Unidos”, *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1985, t. II, p. 266.
- ⁹ La Comisión Monetaria, como desprendimiento de aquel Congreso, obedecía al propósito de imponer a todas las Américas una moneda única para la cual los artífices de la reunión —a la cual fue también invitado el reino de Hawai, uno de los objetivos en remojo para el despliegue imperialista que se desencadenó en 1898— se planteaban lograr la venia europea. Esa vez Martí no sólo contó con sus recursos como periodista, que tanto empleó para combatir el Congreso, sino que pudo participar directa y activamente en el nuevo foro como representante de Uruguay —país del que, así como de Argentina y Paraguay, era cónsul en Nueva York: evidencia de su creciente reconocimiento en nuestra América—, y contribuir a que fracasara entonces lo que pocas décadas más tarde comenzaría a visualizarse como el avasallador predominio mundial del dólar. Además de escribir el *Informe* que el equipo de trabajo donde él intervino le confió, y que fue relevante en la derrota de la estratagema yanqui (*O.C.*, t. 6, pp. 149-154), escribió y publicó con su firma en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, para ratificar su posición personal ante los planes imperialistas, el artículo “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América”, *O.C.*, t. 6, pp. 157-167.
- ¹⁰ J.M.: “Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias”, *O.C.*, t. 6, pp. 46, 57, 59 y 60-61, respectivamente. Acerca de la actitud de Martí con respecto a los patrones de modernidad impuestos por los países hegemónicos, he escrito “Nuestra América y las Europas hacia otro medio milenio (Seis notas sencillas desde José Martí)”, *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, a. 9, No. 27, enero-junio de 1992.
- ¹¹ J.M.: “Las Antillas y Baldorioty Castro”, *O.C.*, t. 4, pp. 405-406, respectivamente.
- ¹² J.M.: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América”, *O.C.*, t. 3, pp. 138-143.
- ¹³ J.M.: Cartas a Gonzalo de Quesada del 24 de octubre y del 14 de diciembre de 1889, *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. II, pp. 145 y 170. (En *O.C.*, t. 1, p. 251; y t. 6, p. 128, respectivamente.)
- ¹⁴ J.M.: “¡Vengo a darte patria! Puerto Rico y Cuba”, *O.C.*, t. 2, p. 255.
- ¹⁵ J.M.: “Crece”, *O.C.*, t. 3, pp. 117-121.

- ¹⁶ J.M.: Carta a Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895, *Epistolario*, cit. (en n. 13), t. V, pp. 250-252. (En *O.C.*, t. 4, pp. 167-170; y t. 20, pp. 161-164.)
- ¹⁷ J.M.: *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, *O.C.*, t. 1, p. 279.
- ¹⁸ J.M.: Artículo de fondo de *El Diablo Cojuelo*, *O.C.*, t. 1, p. 32.
- ¹⁹ Las citas son apenas dos de las afirmaciones pilares de su texto oratorio del 24 de enero de 1880 conocido como *Lectura en Steck Hall*, *O.C.*, t. 4, pp. 183-211. Le he dedicado, como parte de un ensayo aún inédito, el estudio “Leer la *Lectura*”, *Universidad de La Habana*, La Habana, No. 245, 1995.
- ²⁰ J.M.: *Cuadernos de apuntes*, *O.C.*, t. 21, p. 178.
- ²¹ Ver nota 16.
- ²² A esa entrevista, y a la falsificación en el mencionado diario estadounidense del mensaje que Martí le entregó al mencionado corresponsal, me he referido en “José Martí contra *The New York Herald*. *The New York Herald* contra José Martí”, *José Martí, con el remo de proa*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1990.
- ²³ J.M.: Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre de 1891, *O.C.*, t. 4, pp. 269-279.
- ²⁴ J.M.: “Los pobres de la tierra”, *O.C.*, t. 3, pp. 303-305.
- ²⁵ Ver nota 14.
- ²⁶ Su título original fue *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*. Se lee, en edición innecesariamente complicada, en *O.C.*, t. 4, pp. 93-101. Una sobresaliente edición facsimilar preparada por el Centro de Estudios Martianos y publicada por éste y la Editorial de Ciencias Sociales (La Habana, 1985), permite conocer el documento y su proceso de creación.
- ²⁷ J.M.: Carta a Federico Henríquez y Carvajal del 25 de marzo de 1895, *Epistolario*, cit. (en n. 13), t. V, pp. 117-119. (En *O.C.*, t. 4, pp. 110-112.)